Isaac MARTIN-GRANIZO

Sin Pretensiones

CUENTOS

Precio UNA PESETA

G-F 19781

Imp. R. Panero.

DG
GSM

C:73976993

ISAÁC MARTÍN-GRANIZO

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN

SIN PRETENSIONES

(Cuentos)

LEÓN
Imp. de Ricardo Panero
Varillas 6 y Serranos 12
1903

Cuatro palabras

Se había encargado de poner prólogo al presente librito el malogrado periodista leonés Clemente Bravo. Su muerte inesperada y reciente ha echado por tierra el proyecto del autor de ver en las primeras páginas de su obra la firma autorizada de aquel amigo bajo cuya dirección dió á conocer en la prensa sus primeros ensayos literarios.

Sean, pues, estas líneas el primer recuerdo que levanta el autor á la memoria de aquel escritor brillante y castizo que acaba de morir.

Cuatro palabras

Se había encargado de poner prólogo al presente libirito el malogrado periodista Jeorjes Clemente Bravo. Su muerte inesperada y reciente ha echado por tierra el proyecto del autor de ver en las primeras páginas de su obra la firma autorizada de aquel amigo bajo cuya dirección dió á conocer en la prensa sus primeros ensayos literarios.

Sean, pues, estas líneas el primer recuerdo que levanta el autor á la memoria de aquel escritor brillante y castizo que acaba de morir.

Á MIS CONDISCÍPULOS

Sin pretensiones he titulado mis cuentos y con semejante título no he dicho la verdad.

Tengo la pretensión de pagar con ellos la deuda de gratitud que á vosotros me une por haber acogido siempre con excesiva bondad los pobres frutos del árbol de mi ingenio, frutos que siendo de tal árbol tienen que ser necesariamente malos y desabridos.

Mil gracias, pues, y en este examen, en el que vosotros váis á ser mis jueces, no me juzguéis con excesiva dureza y dadme al menos la calificación de *aprobado*.

Creed que el autor se dará con esta nota por muy satisfecho.

Pasteles de carne

¿Queréis saber el principio, desarrollo y fin de aquel contrabando?

Pues escuchad, y no pongáis nunca en práctica proyectos como los míos.

Escribí en un pedazo de papel estas palabras: «compra unos pasteles» le oculté cuidadosamente en el libro de Retórica, nos llevaron á clase, ocupé mi puesto, hice una bola con el escrito, apunté con ella á un externo, y, aprovechando un descuido del profesor, la lancé por los aires y tuve la suerte de que diera *en el blanco.*

Pasaron dos días, volvió á tocar

Retórica, entramos en clase, el externo me hizo una seña significativa y poco después, corriendo de mano en mano, llegaba á las mías un abultado paquete. En la cubierta, y para evitar todo género de sospechas en las *estaciones del tránsito*, aparecían escritas estas tranquilizadoras palabras: «Calcetines de punto.»

Dios y yo, sabemos los sustos y sudores que pasé hasta ver oculto en lo más recóndito del jergón, el dichoso paquete. Una vez allí la victoria era mía. No tenía miedo á los registros, desafiaba todas las pesquisas, ¡los pasteles de carne estaban ya completamente seguros!

Mi vecino de celda iba á tener participación en el banquete. Además de ser paisanos, éramos los dos amigos íntimos é inseparables. El partía conmigo sus regalos y golosinas, justo era que yo, en legítima correspondencia, dividiera también con él mi sa-

brosa adquisición. Le avisé, pues, para que á las doce de la noche de aquel día estuviera despierto. Al dar el reloj esa hora le lanzaría por encima de la celda descubierta un sabroso pastel.

Nos llevaron á cenar y, como es natural, no quisimos probar la cena. Dos personas que van á saborear un bocado exquisito desdeñan aquellos otros que pueden estropear la delicada sensación que experimenta el paladar cuando pasa por el manjar apetecido. Y aún á trueque de desfallecer antes de las doce, sacrificamos el sabroso *bisteaf*, plato en el que se lucía siempre nuestro insigne cocinero. Poco después entrábamos en el dormitorio.

Esperé que apagaran casi todas las luces y se durmieran los demás vecinos. Pasaron dos horas, mi amigo tosía de cuando en cuando como dando á entender que no dormía y que el hambre le apuraba.

Al fin, procurando hacer el menor ruído posible, metí la mano en el jergón, busqué el paquete, palpé en todas direcciones, volví á revolver, á buscarle hasta que comprendí que eran inútiles todas mis tentativas.

Al sacar la mano tropecé con un papel que procuré leer enseguida. Decía así: «Los pasteles de carne tomados después de cenar, suelen producir indigestiones. El Padre Rector.»

Dieron las doce y mi vecino volvió á toser con impaciencia.

Por encima del tabique descubierto le eché el consejo del Padre Rector.

EL SALMÓN

Hoy voy hacer un exceso. Así dijo la patrona entrando con aires de gran señora en el comedor.—Y para que sigan ustedes echando pestes de mí *respective* á los alimentos, pongo en su conocimiento que he comprado un salmón y que hoy le he puesto de principio.

Y dichas estas graves y trascendentales palabras se fué á la cocina, dejándonos, como es natural, á los seis huéspedes que rodeábamos la mesa, con las bocas abiertas y la estupefacción pintada en nuestros semblantes.

¡Salmón! ¡Comer salmón nosotros,

los que por siete reales *con principio*, morábamos, comíamos y..... agonizábamos en aquella casa de huéspedes! ¡Tener de principio salmón, los que estábamos acostumbrados solamente á deshacer en nuestra boca una finísima chuleta á través de la cual distinguíamos perfectamente todos los objetos de la habitación! ¡Vamos! que aquello ó era una broma muy pesada, ó á la patrona la había tocado *el gordo*. La criada, al llevarnos la sopa, nos confirmó la noticia.

Entonces sobrevino una reacción violenta. Al silencio profundo, sucedió una alegría indescriptible. Estallaron los aplausos, se victoreó á la patrona, á su esposo, á sus ascendientes y descendientes hasta la tercera generación, el alumno de Historia, en una improvisación de estómago agradecido, comparó su figura con las de Juana de Arco y Agustina de Aragón, y no faltó un vate que después de

comerse tres panecillos buscando consonante, soltó la cuarteta siguiente, avísando con anticipación que nos guardásemos de los ripios:

«Mi entusiasmo ya pregona
que me late el corazón.
¡Brindemos por la patrona!
¡Brindemos por el salmón!»

Y vino la fuente con el delicado manjar. No era la ración pobre y tasada que se nos daba de ordinario. La rosada carne del pescado sobresalía por los bordes de la fuente, y la salsa picante y amorosilla—como dicen en mi tierra—despedía un olor agradable que espoleaba vivamente el apetito que en grande escala, y á pesar de haber devorado el cocido, sentíamos aún.

Cargamos la mano hasta donde lo permitieron nuestras fuerzas, escusando decir que los estómagos hicieron admirables prodigios de elasticidad.

El decano de la casa nos pagó el café, y acordando por unanimidad no coger ni un solo libro en aquella tarde, nos levantamos los de la mesa, no sin antes haber dedicado otro número de salvas con aplausos á la patrona, y haber aguantado otra nueva improvisación del de Historia que sostuvo que nuestro banquete habia dado quince y raya al del Rey Baltasar. Hecho esto, nos dispersamos.

...A las pocas horas, y cerca de cierta puerta de la galería de la casa, nos volvimos á encontrar. Nuestros semblantes desencajados, los ayes conque dábamos á entender nuestro sufrimiento eran señal evidente de que el salmón nos estaba dando un serio disgusto. Hubo té en abundancia y, afortunadamente no hubo que lamentar desgracias personales.

Al día siguiente supimos que el salmón era *deshecho de tienta*. Era un salmón que la vecina de enfrente,

patrona también, no había querido comprar por una cantidad insignificante, temiendo, con razón, envenenar á sus huéspedes!

¡Nuestra patrona fué menos compasiva!

Roma destruída

Se dividía la clase de Geografía en dos partidos rencorosos é irreconciliables: el romano y el cartaginés. Acaudillaba el primero, al cual tenía yo la honra de pertenecer, como simple soldado, un muchacho de genio vivo, celoso guardador de la disciplina de sus diminutas legiones, muchacho que poseido del papel de Scipión, odiaba al soldado que no se conducía con valor en la refriega.

Aquel año los cartagineses estaban de mala sombra. Su caudillo, que en el curso anterior, les había llevado

mil veces á la victoria, se había dormido sobre los laureles y descuidado las operaciones belicosas. Habían perdido las primeras escaramuzas y, deseando tomar un honroso desquite, se preparaban para la batalla final, para aquella batalla en que se había de decidir qué bando era acreedor á tener delante de su puesto la victoriosa bandera.

Llegó el día señalado para dirimir la contienda. Los soldados de uno y otro bando habíamos pasado la noche en claro repasando las diez primeras lecciones, campo sobre el que iban á operar los dos ejércitos beligerantes.

Entramos en clase, el profesor cedió su puesto al Emperador, juez del desafío, y los dos cónsules, después de mirarse mútuamente con odio irreconciliable, arengaron á sus huestes respectivas. Luego, iniciaron ellos mismos la pelea con un *corps á corps* tenaz é interminable, digno de figurar

con letras de oro en los anales de la Geografía El cartaginés quedó vencido.

Entraron luego los soldados, uno de cada bando, todos ellos valientes, enardecidos por la pelea, anhelantes de gloria. Durante media hora la clase quedó convertida en un verdadero campo de batalta.

Los dos ejércitos se habían batido denodadamente. Sus fuerzas eran proporcionadas, su valor idéntico. Tenían iguales *puntos*, cuando me tocó á mi entrar en la refriega. Ya tenía delante de mí al cartaginés enemigo. Eramos los dos últimos, los que íbamos á decidir el empate, y con él la victoria de uno ú otro bando.....

Me acuerdo como si fuera hoy, que mí contrario, me disparó traidoramente la siguiente pregunta:

—¿Cual es la capital de *Londres*?

Y recuerdo, como si aún estuviera presente en aquella escena, que, ca-

yendo yo en aquella red alevosamente tendida, le contesté rápidamente, como aquél que está seguro de que acierta:

—¡Inglaterra!

Roma quedó vencida, y al salir de la clase, tuve que rechazar los puñetazos de nuestro Consul que tenía la grave pretensión de vengar en mis costillas la derrota de sus diminutas legiones.

Mi indisposición

Hacía dos meses por lo menos, que no se nos concedía un día de campo. Bien es verdad que el cielo ceñudo y encapotado como rapaz caprichoso, favorecía muy poco las intenciones del Padre Rector que de seguro estaban conformes con nuestros infantiles deseos. En los salones de estudio apenas se trabajaba, las horas de recreo transcurrian monótonas y aburridas, y la naturaleza, desabrida y tristona, dejaba sentir su decisiva influencia sobre nuestros espíritus.

Aquel Viernes, día más feo aûn,

que los anteriores, una idea salvadora empezó á rebullir en mi cerebro. A las pocas horas estaba en la plenitud de su desarrollo y apta por lo tanto para ser llevada al terreno de la realidad.

Se acercaba el Sábado, día precursor del Domingo, día que, según la *jerga* estudiantil, viene encajonado, día en que se deja para el Lunes todo plan de estudio y todo proyecto de enmienda, ¿no era un recurso superior, una idea redentora, empalmar esos dos días para dedicarles á holgar, al descanso del cuerpo?

Y ahogando algún escrupulillo de conciencia sobre que aquello no estaba bien, que era engañar á los superiores, y sobre todo, dar mal ejemplo, decidí fingir una indisposición, declararme enfermo, para realizar con más impunidad mi sencillo proyecto.

Amaneció el Sábado y sonó la campana. En el amplio dormitorio reso-

naron esas exclamaciones con que se pretende sacudir la pereza, se oyeron esos gritos incoherentes que se escapan al despertar, los suspiros de los holgazanes, el *vamos* animoso de los aplicados, el ruído de los rostros al zambullirse en el agua, el *haf haf* de los frioleros, el chocar de hebillas y botones..... ¡Con qué placer veía los toros desde la barrera! ¡Con qué refinamiento me burlaba de los que iban á empezar las tareas diarias, sintiendo el calorcillo suave que salía de entre las sábanas é inundaba de bienestar todo mi cuerpo!

Al fin quedó desierto el vasto salón, y saboreando mi felicidad procuré dormirme.

Me despertó el enfermero y, á raja tabla, sin preparaciones previas, sin comprender que con sus palabras llevaba á mi corazón el mayor de los castigos, me soltó las frases siguientes:

—¡Pobrecillo! Tiene usted desgra-

cia para caer enfermo. Hace un día hermoso y Padre Rector les manda al campo.—

Quedé con la boca abierta y sin saber qué contestar.

A los pocos minutos me vestí. Confesé mi falta, llevé un magnífico estirón de orejas, pero aquel día fuí al campo. ¡Ya lo creo que fuí!

Un pitillo

El caso es rigurosamente histórico, tengo á la vista una carta de un condiscípulo cariñoso donde se me recuerda. Oíd y compadecedme. No era un pitillo lo que iba á fumar, era la cuarta parte de un pitillo, adquirido no sé de qué manera, y repartido por el afortunado poseedor entre cuatro *fumadores*.

Hice de la mía una verdadera *pajuela*, pedí una cerilla á un compañero, y saboreando con algo de anticipación mi futuro placer, busqué uno de los rincones del patio para evitar las miradas inquisitoriales de los Padres inspectores.

Ardió la cerilla, se encendió la pajuela y el humo en espirales azuladas ascendió majestuosamente por el espacio.

Era el tabaco fuerte, muy fuerte, tan fuerte que me llenaba de picazón la garganta y de lágrimas los ojos, pero así todo, se presentaba una ocasión de fumar y no podía despreciarla. ¡Sabe Dios cuando nos volveríamos á ver en otra!

Dicen que una de las virtudes del tabaco es la de destruir la melancolía, ahuyentar los pensamientos tristes y las ideas lúgubres. No lo sé. Sólo recuerdo que en aquella acasión era feliz, que á pesar de los sufrimientos que el humo me ocasionaba, estaba orgulloso de poseer en la mano aquella parodia de pitillo que me hacía más *hombre*, que me elevaba quince codos sobre todos mis compañeros.

Había dado la última chupada, esa chupada sostenida é inacabable con

que nos despedimos de lo que fué cigarro, cuando los picos del bonete de un Padre inspector, aparecieron á poca distancia. Sólo tuve tiempo de arrojar lejos de mí la colilla y cerrar herméticamente la boca para impedir la salida del humo.

Me hizo unas cuantas preguntas y ¡claro! no le quise contestar. Me encerré en un obstinado silencio. Detrás de él, y formando corro, se hallaba ya todo el Colegio.

—Si contestas la verdad—dijo el Padre—no te castigo. ¿Fumabas en este momento?—

Desplegué los labios y tuve el atrevimiento de contestar que no. Al mismo tiempo una columna de humo denunciador, saliendo del interior de la boca demostraba cumplidamente lo contrario.

Se rieron de lo lindo y aquella noche me dejaron sin postre.

¡Ministro!

Ya estaba realizado el ideal de toda mi vida, ya había llegado á la meta, á la cumbre de mis aspiraciones. El mismo presidente del Consejo, Maura en persona, se había dignado venir á mi casa, subir los noventa y cuatro escalones, entrar en mi cuarto de pupilo, y poner ante mis ojos, cerrados aún por el sueño, la codiciada cartera. Quise tirarme de la cama, besar sus pies, estrujarle entre mis brazos, pero él, citándome para el próximo Consejo de ministros, contuvo mis ímpetus cariñosos, y salió de mi habitación con el mis-

mo gesto grave y elocuente que había traído.

Me quedé sólo. Encima de mi manta de viaje, manta que me libraba de morir helado en aquel Polo Norte, mal llamado casa de huéspedes, extendía sus dos hojas blancas é inmaculadas el Real decreto. Le desdoblé con rapidez nerviosa, pasé mis ojos por sus renglones, y poco faltó para que mi pobre humanidad no rodara por el suelo, víctima de un ataque de espanto. El caso no era para menos. Yo esperaba el Ministerio de Instrucción pública, ese departamento, desde el cual podía asestar tiros certeros al profesor de Civil, que todos los días me preguntaba; tiros que en forma de traslados, reprensiones y aún cesantía, estaba dispuesto á disparar contra él, para pagarle *el afecto* que me profesaba. Esperaba también ese Ministerio para realizar unas cuantas venganzas que tenía en

cartera, trasladar á Canarias al de Internacional, joven relamido, que se limpiaba las uñas en clase, jubilar al de Procedimientos que tenía la pretensión ridícula de que el alumno debe dejar la cama por la clase, etc., etc... Pero en aquel decreto, firmado por el Rey, y refrendado por su Presidente, se me nombraba, á mí, al hombre que sólo había visto el mar en las marinas de Abades, ministro de Marina. Mi fracaso era, pues, evidente, no tardarían en *echarme á pique* las ilustres minorías.

El coche oficial, el coche del Ministerio, con lacayo de librea reluciente y sombrero galoneado, se detuvo á la puerta. Empezaba el calvario, era preciso cobrar energías, recuperar fuerzas, levantar el ánimo. Me sumergí en un *frac* de un comisionista catalán, huesped también, y que pesaba algunas arrobas más que yo, me lavé, cosa que tan sólo realizaba en

las grandes solemnidades, y dirigiendo un compasivo «os protegeré» á los demás huéspedes que quedaban bajo el poder de la patrona (peor mil veces que el de Poncio Pilato) me lancé á la escalera. En el primer descansillo, convertido entonces en lujosa antesala, me esperaban los redactores políticos de los diarios de Madrid que venían á escuchar mis primeras *impresiones*.

Con poca aprensión y mucha desvergüenza les manifesté que yo no traía al Ministerio más títulos que mi actividad (sin decirles que aún no había abierto los libros y estábamos en Abril) que era preciso desarrollar la Marina (no sé sin aceite de hígado de bacalao ó con qué) que el mar era:.... salado y que en el mar estaba hoy el porvenir de las naciones, que habría acorazados, torpederos, y sobre todo *fragatas* (en la casa de juego de enfrente me había ensayado algunas) y

en fin que mi lema era el de «*En con por sin, sobre y tras la Marina.*» Quedaron con la boca abierta y yo, aprovechando aquel momento de estupor, monté en el coche y dí al cochero orden de dirigirse al Congreso.

¡Con qué sonrisas acogieron mi entrada! Mi *frac* anticuado, la emoción que coloreaba las mejillas, la fiebre que hacía estremecer mi cuerpo, excitaron las burlas de las oposiciones. El banco azul danzaba con los consejeros responsables, los maceros daban caprichosas vueltas en torno del Presidente, y todo el salón me parecía víctima de un desequilibrio pertinaz y constante.

Al fin una voz que no me era desconocida pidió la palabra. Le fué concedida y ¿cual no sería mi terror, al ver alzarse en los bancos de las oposiciones al catedrático de Civil, que se dirigía á nosotros en actitud agresiva y amenazadora?

Empezó su discurso. Calificó al Gobierno de incapaz y de estéril, fué haciendo polvo la gestión, méritos y servicios de cada uno de mis compañeros, hasta que por último, clavando en mí su mirada de basilisco, exclamó con aquel vozarrón que nos aterrorizaba:

—¿Y el señor Ministro de Marina me podía decir la lección?

..... Desperté sobresaltado. Mis compañeros de clase me miraban sin poder contener la risa, y el profesor de Civil, que minutos antes había llenado de terror el Congreso, declaró solemnemente que el alumno que se duerme en la clase es muy difícil que salga bien en los exámenes de Junio.

Aquella declaración tan sencilla me obligó á *dimitir*.

De Historia natural

El caso que voy á referir no fué un chiste preparado. Si hubiérais conocido al muchacho que lo dijo (el cual pertenece hoy á la elevada categoría de *padre de la patria*, prueba evidente de que para llegar á esta categoría no hace falta tener mucho fósforo en el cerebro) si hubiérais conocido, digo, á ese muchacho, y perdonadme la pasada digresión, os convenceríais al instante de que aquel rostro indiferente y aquellos ojos sin expresión, no eran señales de poseer el suficiente ingenio para dar aquella contestación.

Fué, por lo tanto, una de esas salidas que hasta los necios tienen una salida que en boca de un bobo suele hacer más gracia que en boca de nn avispado, por la sencilla razón de que en aquél suelen ser inesperadas y en éste rara vez lo son.

Estudiábamos Historia Natural, nos habíamos metido en la memoria la clasificación de Cuvier, y el profesor, con objeto de que esa gimnasia intelectual no fuera infructuosa, hacía diferentes preguntas para cerciorarse de que nos habíamos empapado bien en cada uno de los caracteres de los diferentes grupos y familias de animales. Lo más corriente, pues, era presentar diferentes nombres de animales, para que digésemos á qué orden, familia y clase pertenecían.

Hubo indivíduo que repitiendo la clasificación se hizo un verdadero lío colocando entre los mamíferos placentarios al inocente pez, hubo alum-

no que no supo distinguir á un insecto de un ave, fiado que los dos estaban dotados de alas, y no faltó una imaginación volcánica que, haciendo buena á la de Pardo Bazán que hizo volar á una garduña, sostenía que el león, el *Felix leo*, el indomable rey de las selvas, debía pertenecer á la familia de los roedores, reduciéndole así á la categoría de simple ratón.

Iba á terminar la hora y con ella, los disparates que soltaban nuestras lenguas. El profesor había preguntado á la mayoría de la clase. Faltaban sólo los que estaban en el no muy honroso *banco de los torpes*. Entre ellos aparecía el protagonista de mi cuento. A él se dirigió el profesor, y con la dulzura que acostumbraba le hizo la siguiente pregunta:

—Dígame, y procure fijarse, ¿á qué *familia* pertenece la liebre?

Quedó parado un instante, como

queriendo recordar. Luego, con el aplomo del que está seguro que acierta, le contestó gravemente:

—A la familia del que la caza.

..... Dar de comer al hambriento

Ya se sabía, todos los Domingos, una hora antes de comer, Martínez, el tragón de Martínez, se acercaba á nuestras habitaciones y poniendo una cara verdaderamente compunjida, nos recordaba que no nos olvidásemos de sus pobres. Y todos los Domingos, conmovidos por las relaciones que de ellos hacía, sacrificábamos el principio para aliviar en algo la angustiosa situación de aquellos infelices. Porque no cabía duda que debía de ser una necesidad grandísima cuando el mis-

mísimo Martínez, *la fiera* para las tortillas, el hombre cuyo estómago no tenía fin, se privaba de sus platos favoritos y guardaba el pan de la semana en su cuarto para llevárselo el Domingo á aquella pobre familia, familia que moraba en un caserón sucio y destartalado de los barrios bajos que él desde el balcón, nos señalaba con el dedo.

—«Hoy les he visto»—nos decía—«El padre estaba desfallecido, la madre no podía tenerse en pie. Los hijos andan casi desnudos y sólo hay una manta para librarse del frío en aquel hogar sin luz, sin pan y sin lumbre.» Y nosotros, conmovidos ante aquel cuadro de miseria y desgracias, redoblábamos nuestras provisiones, ofreciéndole alguna que otra pesetilla que él jamás quiso admitir.—«El dinero queda de mi cargo—repetía—pán y carne, nada más que pán y carne os exijo.»

Nunca quiso que le acompañásemos en su visita.—«Las obras de caridad — exclamaba — deben hacerse sin ostentación, sin acompañamiento.» «En eso estriba su principal mérito.» Y á continuación nos lanzaba una sentida plática sobre la caridad que nos acababa de enternecer del todo.

No se porqué empezaron nuestras sospechas, pero es el caso que un Domingo nos decidimos á expiarle. Acabamos de comer, Martínez cogió su saquito, metió en él como de costumbre las provisiones y despidiéndose de nosotros bajó las escaleras.

Embozados en las capas y guardando todo género de precauciones procuramos seguirle desde lejos. Atravesó tres ó cuatro calles y, efectivamente, se metió en el caserón que nos había señalado. Nuestras sospechas eran pues injustificadas.

No sé de quien partió esta idea:

¿no sería un espectáculo verdaderamente conmovedor, asistir á la entrada de Martínez en aquel hogar sin pan, ver la alegría conque le recibirían aquellas criaturas, oír las palabras de agradecimiento del padre y los suspiros de la madre?

Dicho y hecho, con todo sigilo nos dirigimos á la casa y nos asomamos á la puerta.

Martínez había depositado sus provisiones sobre un taburete y se las engullía tranquilamente. Aquella casa era una tienda de comestibles.

Entramos de repente y después que se tranquilizó del susto, nos endilgó esta soflama que desarmó nuestra cólera por completo.

—«Efectivamente hacíais una obra de caridad. Es verdad que vuestras chuletas no iban á parar á ninguna familia desgraciada, pero eran para mí, para mí que necesito comer más que una familia entera, para mí que sino

recibiese este socorro, ya habría sido víctima de las escaseces de la patrona. ¡Por eso nunca os quise un perro chico!»

Y todos los Domingos continuamos sacrificando el principio. Sólo que desde aquel día, Martínez no se tomó el trabajo de salir de casa á despacharlo. ¡Se lo engullía tranquilamente en su habitación!

Mis bigotes

De todas mis aventuras de colegio la que más resonancia tuvo, la de más trascendencia *política*, fué sin duda alguna la que podíamos titular con las pomposas frases de «aventuras de los bigotes.» Y digo que tuvo trascendencia política porque semejante diablura fué una burla manifiesta hecha á los dignísimos bigotes de todo un señor Gobernador Civil.

Más antes de empezarla á referir debo dejar sentado que nunca en los anales del Colegio se registró un cas-

tigo tan ejemplar como el que me fué impuesto en atención á ser el autor de tan grave, cruel é irrespetuoso desacato.

Mediaba el curso. En el salón de actos del Colegio se verificaba con toda solemnidad y con asistencia de las familias, el reparto de premios á todos aquellos alumnos que se habían distinguido hasta entonces por su conducta, educación y saber. Escuso decir que yo tenía la confianza absoluta de que mi nombre no figuraba para nada en las listas de los agraciados.

Presidian tan honrosa distribución el Rector del colegio y el Gobernador de la provincia, un gobernador joven, guapo, de la última hornada, el cual se había prestado á presidir el acto por haber sido también, y en fecha no muy lejana, discípulo de los Jesuítas.

Desde que le eché la vista encima,

sus bigotes me causaron honda impresión. Eran unos bigotes negros, sedosos, retorcidos, impecables, unos bigotes, en fin, que debían estar haciendo un grave estrago en el elemento femenino que daba vida y explendor á la sala.

Mi vanidad y mi amor propio se resintieron. Aquellos bigotes eran un insulto constante, una burla sangrienta, que se hacía á nuestros rostros imberbes, sin sombra alguna. Y el diablillo de los revcltosos, ese diablillo que jamás descansa, que siempre se mueve, que aprovecha cualquier descuído para meterse en los rincones de los diminutos cerebros y hace germinar allí ideas suversivas, me hizo caer en la tentación y cometer un horripilante pecado. Un tintero clavado en la mesa, delante de mí, y un espejo de bolsillo fueron los instrumentos del delito.

Al poco tiempo ostentaba en mi

labio superior unos bigotes negros también; con guías que me llegaban hasta los ojos, retorcidas, irresistibles, guías que supuse harían palidecer de coraje y de envidia al que atusaba aquellas otras que se creían ya dueñas del cotarro.

El Gobernador me las vió y una sonrisa de venganza apareció en sus labios.

..... No me dí cuenta exacta de lo que pasó después. Sé que el Gobernador y el Rector cuchichearon, que los dos se rieron con ganas, que, apesar de mi creencia de no estar premiado, el Rector pronunció mi nombre, que tuve que salir de mi banco, que atravesé todo el salón, que subí al estrado y que al volver mi rostro al público, una carcajada general y atronadora estalló en mis oídos.

El castigo fué horrible. Colocado á la puerta del Colegio, desfilaron delante de mis bigotes todas las per-

sonas que habían asistido á tan solemne distribución.

Ni una sola tuvo la piedad de contener su risa.

¡Mala suerte!

En todo el curso le ví estudiar lo que se dice una sola palabra.

Se levantaba á las doce, hora en que las clases habían terminado, comía, se largaba al café, pasaba allí las primeras, segundas y últimas horas de la tarde, volvía á cenar y con el postre entre los dientes se zambullía en la cama. Respecto á libros, baste decir que sus lecturas favoritas eran la hoja del calendario y el *folletón* de *La Correspondencia.* Así pasó el invierno y así le sorprendió la primavera. Los profesores le habían dado de baja en las listas; tan sólo uno,

el de Político, un castellano con ribetes de andaluz á juzgar por su tendencia á tomarnos el pelo, tenía la paciencia de leer su nombre todos los días, afirmando después que tendría un verdadero gusto en ver la cara del alumno rebelde. Un día cansado ya de esperar la vuelta de aquel hijo pródigo, que no tenía la curiosidad de conocer á uno de sus padres..... en ciencia, nos dijo al concluir la clase: —«Quedan aprobados todos si me le consiguen traer mañana.»

Al día siguiente toda la clase se descolgó en casa de la patrona. Estaba en la cama. Todos pretendían apoderarse de su persona, uno le sacó de entre las sábanas, otro le puso los calcetines, aquél le ayudó á meter la americana, éste le hizo un caprichoso nudo en la corbata. En fin, que en un santiamén estaba vestido. Le cogimos en hombros y paseando por las calles nuestro precioso trofeo, le introduci-

mos en clase. El profesor se hizo el desentendido y empezó á leer la lista. Al llegar á su nombre y oir «*servidor de usted*» conque el alumno demuestra que se halla presente, hizo un movimiento de sorpresa, se caló los lentes y con un gesto cómico le contestó con un «*muy señor mio*» que hizo estallar las risas de la clase. Desde aquel día asistió á la explicación pero siguió sin estudiar una sola palabra.

..... Al día siguiente eran los exámenes. Aquella noche pidió un texto prestado y estudió..... dos ó tres horas.

Por la mañana y en los bancos de la Universidad, nos manifestó que de las *ochenta y cuatro* lecciones del programa sabía *dos* tan sólo.

Salió del examen muy cabizbajo. —¿Qué te sucede?—le preguntamos todos sospechando, como es natural, que no habría abierto la boca.—

—Pues mala suerte—respondió él.

—Me han tocado las dos lecciones que sabía y otra á quien no tenía el gusto de conocer.

—¿Y á eso llamas mala suerte? ¿Qué querías entonces?—le repliqué yó.—

—Pues muy sencillo—contestó él—que una de las dos hubiera salido repetida. ¡Créeme que así hubiera contestado á las tres!

¡No le puede cojer!

La escena se desarrolla en una clase de la Universidad. Puerta en el fondo. Bancos á derecha é izquierda.

Personajes: el profesor de la asignatura, señor viejo, de pelo completamente canc y exterior completamente descuidado.

Un alumno que habla.

Otro que no habla pero que hace ruído.

Coro general de alumnos.

Escena primera

Profesor *(declamando)* *Decíamos ayer* (y perdone Fray Luis de

León que tome sus palabras) que sin el derecho, sin esa valla, sin ese dique, sin ese poderoso muro que han levantado los hombres para reprimir los torcimientos de la voluntad y encauzar al bien nuestra perversa naturaleza, la familia sería un sueño, la sociedad sería un sueño, el orden sería un sueño,.....

Una voz — ¡Van tres sueños!

Otra — ¡Eso es mucho dormir!

Profesor (*deteniéndose*)—¿Quién se atreve á interrumpirme? ¿Quién es el osado que se atreve á cor-

tar el hilo de mi discurso?

(*Silencio general.*)

(*Sigue declamando*)..... Pues bien, dirigid vuestra mirada señores á los pueblos más incivilizados, dirigid vuestros ojos á esas regiones incultas donde aún no ha posado su redentora planta la civilización, dirigid vuestra vista y decidme qué veis.....

Una voz — Yo veo un taparrabos

Otra..... — Yo veo un negro.

Otra — Yo veo dos.

Profesor (*con ſiema*) — Lo que veo yo es poca vergüenza.

(*En esto suena un fuerte golpe en la puerta.*)

Profesor (*al alumno que está cerca de ella*) Mire usted quién es.

(*Sale el alumno y al poco tiempo entra y dice que no ha visto á nadie.*)

El Profesor (*siguiendo la explicación.*) Pues bien, señores...

Vuelven á llamar á la puerta, el Profesor manda volver á salir al alumno y éste entra de nuevo diciendo que tampoco ha visto á nadie. Se dispone otra vez el Profesor á continuar la explicación cuando un golpe más fuerte aun que los anteriores vuelve á sonar en la puerta.)

Profesor (*indignado, al alumno.*) Salga usted á escape, y no deje de cojer y traerme aquí al autor de esos golpes.

(*Sale el alumno y el profesor, prosigue su explicación. Esta vez sin interrupciones.*)

Escena segunda

La misma decoración que la escena anterior. Han pasado tres meses. Con-

viene advertir aquí que el alumno á quien el profesor mandó en la escena primera que saliese en busca del que golpeaba la puerta, no ha vuelto á aparecer en clase desde aquel día.)

Profesor

(DECLAMANDO) Vamos á estudiar hoy una de las instituciones más equitativas y humanas del Derecho Romano: la tutela, esa especie de guarda que el Estado.....

(*Se abre la puerta y sudoroso y jadeante aparece el alumno que tres meses antes salió á cumplir el encargo del profesor.*)

Alumno: (*dirigiéndose al profesor con mucho desaliento.*)

¡Por mucho que he corrido no le he podido cojer!

(*Carcajada final y arranque violento del Profesor que le arroja el tintero*)

La aventura del zapatero

En el rigor del invierno se salía de la clase de dibujo de la Academia de Amigos del País, á las ocho de la noche. Y ya se sabía, en vez de irnos derechitos á nuestras casas á desentumecer los miembros ateridos cabe el tradicional brasero y esperar con santa calma la hora de la cena, sujetábamos con una cuerda nuestras carpetas y nos lanzábamos á recorrer las calles llevando doquier—como diría algún orador cursi—el desórden, la destrucción y la ruina.

Y ya era un farol del alumbrado el que pagaba los *vidrios rotos*, ó ya

poníamos en movimiento el llamador de una puerta dando algún susto á la criada, ó ya—y esta aventura se repetía diariamente — rompía uno de nosotros con su cabeza el ensebado papel con que un zapatero remendón sustituía uno de los cristales. Y conste que una vez metida la cabeza por el papel, probando que conservábamos algún resto de educación, había que saludar al susodicho zapatero con un atento «buenas noches.»

Como esta diablura no estaba exenta de exposición, y corrían rumores de que el zapatero estaba dispuesto á rechazar los saludos por corteses que fueran, nadie quería exponer aquella noche su cabeza y realizar el atentado. Hubo disputas sobre quién había de ser el arrojado y al fin decidimos que fuese la suerte quien lo decidiese. Le tocó al más pulcro de la clase, al hijo de no se que empleado que se distinguía siempre por sus trajes de

corte elegante y cuellos almidonados. Se destacó á regañadientes del grupo, se colocó delante de la puerta del zapatero, rompió el papel con la cabeza y le oímos dar el atento «buenas noches.»

La cazuela del betún se rompió sobre su cabeza, y chorreando tinta por todo su traje y llorando á lágrima viva, el pobre muchacho, sin decirnos adiós siquiera, escapó á correr con dirección á su casa.

El zapatero salió á la puerta sonriéndose.

¡Se había vengado!

Rodríguez

Cuando empecé á estudiar en el Colegio estaba fresco aún el recuerdo de la estancia de Rodríguez. No se hablaba de otra cosa.—Este problema sólo le resolvió Rodríguez.— Aquel cuadro está pintado por Rodríguez.— En esta clase ganó un premio extraordinario Rodríguez.—

Y ese apellido tan vulgar, llegó á producir tal impresión en mi alma que al tal Rodríguez le tenía como á un ser sobrenatural, como á un semidiós.

Pasaron los años, salí del Colegio, y emprendí los estudios de una facul-

tad. Por una casualidad, no muy rara si se tiene en cuenta que éramos los dos castellanos, me encontré conque aquella Universidad era testigo también de los triunfos de Rodríguez.

Sus apuntes, más que apuntes eran asombrosas disquisiciones que se apartaban por completo del camino trillado que seguía el profesor y reciente estaba aún la *grave cojida* que sufrió uno de ellos al discutir con él uno de los puntos fundamentales de nuestro Derecho.

En fin, que á medida que avanzaba en mis estudios, encontraba nuevas pruebas del talento verdaderamente privilegiado de mi paisano Rodríguez.

Desde que abandoné los bancos de aquella Universidad no volví á tener noticias suyas. Leía con interés los periódicos esperando ver figurar su nombre ya en la lista de diputados notables, de profesores ilustres ó de abogados con clientela. Porque un

talento de tantos quilates tenía que abrirse paso en la sociedad necesariamente.

Y así pasaron algunos años hasta que—cosa muy frecuente en los sucesos de la vida—me olvidé completamente de él...

Hace poco tiempo he sabido que Rodríguez vive, que Rodríguez brilla, pero no en la poltrona de un departamento ministerial, ni en las gradas del foro, ni en los escaños del Congreso. Brilla detrás del mostrador de *El Arca de la Alianza*, la tienda de ultramarinos mejor surtida y más recomendada de cierta capital de Castilla.

Ofrecimiento de casa

Se verificaban los exámenes de los alumnos libres por el nuevo procedimiento. Consiste éste en dividir todo examen en dos ejercicios: el escrito, que se verifica primero, y el oral, que tiene lugar á continuación del escrito.

Habíamos entrado en una clase todos los alumnos libres de aquella asignatura, nos habían equipado de papel, tinta y plumas, y el profesor, nos había leído también el tema que íbamos á desarrollar en el plazo de una hora.

No estaba *pez* del todo en la ma-

teria, y por esa razón había concluído en un periquete mi trabajo.

Después me dediqué á observar rostros y estudiar fisonomías. ¡Cuántos estudios psicológicos podían hacerse en aquellos sesenta minutos. Uno buscaba inspiración comiéndose las uñas de los dedos. Otro trazaba con la pluma redondelitos en el papel procurando recordar la primera palabra de su bien aprendida *carretilla*. Aquél estrujaba entre sus manos la cabeza como queriendo exprimir del cerebro todo el zumo de su ciencia, y no faltaba el eterno holgazán, el estudiante corrido, que sabiendo que no sabe nada, se disponía á desarmar el reloj para pasar lo más distraidamente posible aquella hora de encierro.

Había uno que, desde el principio, me empezó á llamar poderosamente la atención. Estaba sentado junto á mi humilde persona y por esta causa le podía observar detenidamente.

No se quiso molestar en cojer la pluma. Se sentó en el banco y, cruzándose de brazos, clavó sus ojos con insistencia en el papel. No sabía como juzgarle. ¿Sería un estudiante tímido, uno de esos estudiantes á quien sólo el nombre de examen aterra, y son incapaces durante ese acto de decir y recordar nada de la asignatura? ¿Sería, por el contrario, uno de esos *frescos* que van al examen con dos ó tres lecciones sabidas y al ver que la suerte les es contraria se cruzan de brazos con una indiferencia verdaderamente fría y estóica? Repito que era tal la inmovilidad de su rostro que no se traslucía en él ninguna impresión buena ó mala, agradable ó desagradable.

El portero dió la hora y el presidente del tribunal nos mandó firmar los escritos.

Aquella voz le sacó de su apoteosis: cojió la pluma, la hundió en el tin-

tero, y con una frialdad digna de un espartano y una desfachatez digna..... de un sinvergüenza escribió en el papel estas *inocentes* palabras:

«*Fulano de Tal*, (aquí su nombre y apellido) *ofrece al tribunal su casa, calle de tal número tantos: Hay ascensor.*»

La vara del Maestro

Aquella tarde, y un poco antes de salir de la escuela, encarándose con mi humilde y desmedrada persona, me dijo el señor Maestro:

—Necesito una vara. Ya ves que la que tenía la acabo de romper en las costillas de tu amigo.—

Y decía la verdad. Aquella mañana había participado el señor Cura que de las famosas peras que daba su peral predilecto, se había llevado las mejores mi compañero. El castigo había sido, pues, justo y proporcionado á la magnitud y gravedad del delito.

Salí de la escuela, me dió mi madre el zoquete de pán untado de manteca y de dos saltos me planté en las afueras del pueblo. Iba en busca de la vara, y habiendo merecido el especial honor de que el maestro me la encargase, justo era también que me esmerara en buscarle un ejemplar que, además de ser esbelto y elegante para recreo de las almas tuviera la condición de ser fuerte y resistente para castigo de los cuerpos.

Pasé por el huerto del señor Cura. Por encima de la tapia sobresalían las ramas del envidiado peral cargadas de fruto. Me santigüé para no caer en tentación, y reforzando mi voluntad con el recuerdo de la vara rota en las costillas de mi amigo, proseguí mi camino, y en un periquete me trasladé al plantío.

Fuí examinando los árboles uno por uno, más en ninguno de ellos encontraba la vara que me había for-

jado. Esta no estaba del todo derecha, aquélla tenía demasiados nudos, la de más allá estaba á respetable altura del suelo. Y ya desconfiaba de encontrar arbol donde encaramarme, cuando delante de mis ojos apareció nna rama magnífica, ofreciéndome una vara ideal, derecha y robusta. Trepé por el arbol arriba, requerí la navaja, y á los pocos momentos la rama y yo estábamos en el suelo. Por el camino la fuí dando los últimos toques, y aún tuve la paciencia de trazar caprichosas figuras en su corteza y las iniciales del maestro en lo que destiné á empuñadura.

Orgulloso volvía con mi palo cuando las peras del huerto del señor Cura se presentaron por segunda vez delante de mis ojos. Aquello era ya mucha tentación. El sol había hundido su disco tras los picachos de la sierra y las sombras de la noche avanzaban silenciosamente por las

revueltas del valle. Ya era muy difícil que el señor Cura me pudiera ver y algún vecino denunciar. ¿Pero y si luego lo sabian? ¿Si mi salida aquella tarde y por aquel camino, daba lugar á alguna sospecha? Me eché á cavilar y después de dar muchas vueltas á la imaginación encontré una idea salvadora. El Maestro carecía de vara, en mí estaba ó nó el proporcionársela. Si no se la llevaba, aunque le dieran parte de mi atentado contra las peras, sólo me podía pegar con la mano y ya se sabía adonde iban á parar unos cuantos cachetes.

Dicho y hecho, empuñé la vara, golpes con ella unas cuantas peras, cayeron al suelo, las escondí en el bolso de la blusa y destruyendo de un golpe toda mi obra, hice pedazos la vara, el instrumento del delito.

A la mañana siguiente entré en la escuela confiado en mi previsión y sagacidad.

Encima de la mesa del maestro había un palo de dimensiones colosales cuya sola vista hizo helar la sangre en mis venas.

A los pocos minutos me llamaba el maestro, el cual, echándome en cara el robo de las peras, volvía á quedarse sin vara haciéndola pedazos encima de mis endebles y delicadas costillas.

Mi tío el capitán

En las vacaciones del verano y una vez pasados los quince primeros días al lado de mis padres, narrándoles con exageraciones y mentiras de mi cosecha los triunfos obtenidos durante el curso y las peripecias de mi vida de colegial un poco travieso, marchaba á dar un vistazo á toda la familia, y á pasar cuatro ó cinco días en el viejo castillo de mi tío el capitán, tío carnal de mi señor abuelo.

Era éste, (el capitán, se entiende) una ruína de la guerra, un inválido de aquellas huestes españolas que en

las llanuras del África reverdecieron los laureles de los tercios, uno de aquellos bravos leones que en Tetuán y los Castillejos se batieron denonadamente, un viejo, en fin, que sin querer desprenderse de su rancio carácter militar, se consumía de rabia en el viejo sillón, riñendo siempre, voceando siempre y tratando con escesiva dureza á su familia y servidores.

¡El rancho!—gritaba con aquel vozarrón formidable, cuando le atormentaba el deseo de comer.—Y en aquel mismo instante debía aparecer su criado con los primeros platos so pena de que, si se descuidaba un solo momento, se les rompiera en su cabeza.

¡Tres pasos y adelante! — respondía cuando alguna persona llamaba tímidamente á la puerta de su cuarto.

¡Media vuelta!—decía al humilde

borriquillo que tiraba de su coche de inválido.—Y el burro, obediente á la voz de mando, se paraba en seco y daba después la vuelta con la gravedad que caracteriza á los de su clase.

Todo el mundo temblaba en su presencia, todo el mundo temía sus frecuentes ataques de mal humor. He dicho todo el mundo y he dicho mal. Los niños y los pájaros eran los únicos que podían acercarse á él sin temor alguno, eran los únicos séres que conseguían desarrugar aquel semblante ceñudo y enfadado.

Los primeros se sentaban á sus pies para oírle contar alguna de sus hazañas militares, los segundos..... los segundos merecen punto y aparte.

Concluía de comer y el viejo criado le trasladaba en su sillón de ruedas á la puerta del castillo. Colocaba delante de él una mesa y allí le dejaba completamente solo.

Entonces el capitán hundía sus ma-

nos en los bolsillos de su chaqueta, las sacaba repletas de migajas de pan, migajas que estendía después sobre la mesa, y empezaba á silbar el toque de *llamada*.

En el viejo tejado de la casa vecina se posaban los primeros gorriones. Dando saltos nerviosos y moviendo impacientes sus cabezas de un lado á otro, avanzaban hasta el alero. Allí dirigian su vista hácia el castillo y cerciorándose de que era el capitán el que les esperaba desplegaban sus alas diminutas y rasgando el aire iban á caer en la mesa del veterano.

A los más desvergonzados sucedían los más tímidos, á los que anidaban en la aldea, los que venían de las aldeas cercanas, y al poco tiempo sobre la tabla de la mesa, no se veía otra cosa que el hormigueo de mil cabezas negruzcas que se movían incesantemente.

El capitán era el que presidía el festín y dirimía las contiendas.

—Tú, tragador,—decía á un gorrión revoltoso que maltrataba á otro más pequeño,—no seas ambicioso si no quieres que te despida.

—¡Vaya! paz, mucha paz,—decía á otros dos que, encontrándose con iguales energías, se sacudían de lo lindo.—Y apartando á éste, haciendo huir al otro, y castigando con un dedo al de más allá, pasaba el viejo las primeras horas de las tardes de invierno.

En el verano su mal humor se desencadenaba por completo. La causa no era otra que la ingratitud de sus convidados.

Los pájaros son como los hombres. A las migajas sabrosas que el capitán les daba, preferían las peripecias de una correría por el campo, picoteando las espigas, robando algún grano de las eras. ¡Sólo se acordaban de su

protector..... cuando no tenían otra cosa!

..... Lo que no pudieron conseguir las balas marroquíes lo consiguió un sutil airecillo. El capitán enfermó y pagó su tributo á la muerte.

Y todos los inviernos, en las primeras horas de la tarde, muriéndose de hambre y tiritando de frío, pían tristemente en el alero del tejado vecino, los gorriones de la aldea.

La marcha del estudiante

—Ayer—

—¡Hoy marcha el señor estudiante! ¡Hoy sale para Alcalá el hijo de los señores!—

Esta es la noticia que, trasmitida por una comadre oficiosa con ribetes de holgazana, ha circulado aquella tarde por todas las calles del pueblo. Y á los pocos minutos ya se sabía en todas ellas que el Señor y la Señora asistieron á una misa en la ermita de la Virgen, misa en la que había comulgado con edificante compostura el estudiante, su hijo mayor.

Efectivamente, la noticia era cierta. A la puerta del honorable caserón coronado de escudo de granito, está la galera del ordinario, el carro descomunal que arrastran siete mulas grandes y lustrosas, mulas que cada seis ó siete meses ponen en movimiento aquella mole ambulante, estableciendo la comunicación más rápida posible entre el pueblo y la capital.

Dentro de la casa el barullo y la confusión han llegado á su apogeo. Las criadas abren cómodas y desocupan arcones, corriendo de un lado á otro, doblando camisas, preparando pañuelos, cosiendo los puntos de las calcetas, dando, en fin, los últimos toques al equipaje del hijo del señor.

En el anchuroso salón, decorado severamente con papel rameado, y adornado de grandes cortinones, descomunales candelabros y doradas cornucopias, está la flor, lo mejorcito del

pueblo. El físico da oler á la señora un pañuelo empapado en vinagre para hacerla volver de un desmayo que la ha acometido. Sus amigos procuran consolarla, mientras que el Cura y el licenciado desempeñan igual cometido junto al señor que no quiere soltar de sus brazos al estudiante.

—Todo está preparado—dice desde la puerta el viejo mayordomo. La madre sufre un nuevo desmayo, el padre, reprimiendo sus deseos de retener al hijo entre sus brazos, le dá su bendición y le amonesta para que nunca abandone el estudio, y los amigos de la casa, dando muestras de su exquisita educación, se llevan el pañuelo á los ojos aunque malditas las ganas que tienen de llorar.

La galera se queja tristemente al ponerse en movimiento, se repiten los adioses, aumentan los desmayos y después que desaparece en el fondo de la calle, los señores de la casa,

recobrando su gravedad acostumbrada, invitan á todos los presentes á que pasen á otro salón donde sirven los criados un delicado *refresco* de dulces, rosquillas y chocolate.

A los dos meses y medio recibe el padre una carta concebida en estos términos:

(Hay una cruz)

«Mi muy venerado padre: Llegué sin novedad á esta noble villa, donde su merced tuvo á bien enviarme para continuar mis estudios, y sin novedad continúo hasta la fecha —Ayer pasé la tarde en la biblioteca preparando mis argumentos para la disertación de mañana—Hoy estuvo el maestro Lobera á una envidiable altura probando la existencia de Dios.

Nada más ocurre por aquí.

Con los trescientos maravedises que su merced me dió al salir, tengo bastante para mis gastos.

Le besa respetuosamente la mano su muy devoto hijo»

--Hoy—

Vá á salir el trén. En una de las salas de descanso están la familia y amigos del estudiante (hoy alumno de facultad). La madre sonríe pensando que á los quince dias de llegar á la Universidad, se armará cualquier alboroto, se adelantarán las vacaciones y su hijo volverá sano y salvo al seno de la familia. Los amigos le dan cariñosas bromas sobre ciertos suspirillos femeninos que se escaparan con motivo de su partida, y el padre le hace la prudente advertencia de que vele por su salud y no la estropee con el estudio constante y excesivo.

El jefe de la estación da la señal

de partida. El estudiante da un beso á sus padres, un apretón de manos á los amigos, y monta en el vagón.....

A las veinticuatro horas el padre recibe la carta siguiente:

(Hay un sello que dice: Sport-Club.

«Querido papá: Llegué bien y hasta la fecha sigo perfectamente. Ayer pasé la tarde en los toros. Fuentes colosal con la muleta. Las quinientas pesetas que me diste han sufrido un bajón considerable. ¿No podías remitirme otras tantas?

Un beso á mamá y sabes te quiere tu hijo.»

Mayo

(*Monólogo*)

¡Unc de Mayo! Buen día,
para empezar la tarea
Hay que estudiar, no hay remedio,
¡hoy no salgo ni á la puerta!
Ya está el café..... cosa rica,
una copa..... cosa buena
Ajajá, venga un pitillo,
dos chupadas y á la mesa
que hay que aprender dos lecciones
ó acaso media docena. (*se sienta*)
¿Qué libro cojo primero?
(*mirándoles*)
De éste no se ni una letra
Este le compré ayer mismo.
Este me cansa y marea
¡Nada! echaremos á suertes
y que me toque cualquiera.....

¿Pero qué barullo se oye,
y qué gritería es esa?
Ahora caigo, es la corrida
de toros que hoy se celebra,
¡y son los seis de Veragua!
¡y á los seis les mata el *Guerra!*
(*pausa*)
¡Huye tentación insana
huye, que caigo..... si aprietas!
Vamos á ver cual me toca,
ya tengo la papeleta.
(*sacando una suerte*)
¡El de la cubierta verde!
¡Casualmente el que me apesta!
(*meditando*)
Seis Veraguas y Guerrita)
¡estará la plaza llena!
¡Adios, proyectos de estudio!
¡Adios, libros y adios ciencia!
La tentación es muy grande
que la resista quien pueda,
¡que yo me voy á la plaza
aunque en Junio me suspendan!

Septiembre

(Monólogo)

..... Pasaron ya los calores
rigurosos del verano,
huyeron las golondrinas
del alero del tejado,
y huyeron las *vacaciones*
con sus meses codiciados,
con sus *siestas* adorables
con sus flores y sus prados.
¡Adiós hondonadas verdes,
adiós arroyuelos mansos,
testigos de mi vagancia,
de mi soledad hermanos!
Y adiós hija del Alcalde,
que entre suspiros incautos

amorosa me entregabas
en las tapias del cercado
de tu corazón, las llaves,
¡y de tu padre, el tabaco!
Partiré como lo han hecho
los estudiantes honrados,
con el *reló* en el bolsillo,
con el pañuelo bordado
con la capa en la maleta
y una breva entre los labios.
Me levantaré á las once
y me acostaré á las cuatro,
no pagaré á la patrona
no pasearé *los claustros*,
y cuando se acerque Junio
estaré tan enterado,
que dudaré en el examen
(si me acosa el catedrático)
si la célebre *Instituta*
del ínclito Justiniano
era un código de entónces
ó una zarzuela en dos actos.
Y me atizará un *suspenso*
más grande que un dromedario

y volveré... como vuelven
á sus hogares los vagos,
sin el *reló* en el bolsillo,
sin el pañuelo bordado,
sin la capa en la maleta
sin la breva entre los labios.

y volveré... como vuelven
á sus hogares los vagos,
sin el verde en el bolsillo,
sin el pañuelo bordado,
sin la capa en la maleta,
sin la breva entre los labios.

ÍNDICE

TITULO DEL CUENTO	Páginas
Cuatro palabras	
A mis condiscípulos.	
Pasteles de carne.....	1
El salmón.....	5
Roma destruída.....	10
Mi indisposición.....	15
Un pitillo.....	19
Ministro.....	23
De Historia natural.....	29
...Dar de comer al hambriento.	33
Mis bigotes.....	39
¡Mala suerte!.....	45
¡No le puede cojer!.....	49
La aventura del zapatero....	55
Rodríguez.....	59
Nfrecimiento de casa.....	63
La vara del Maestro.....	67
Mi tío el Capitán.....	73
La marcha del estudiante....	79
Mayo.....	85
Septiembre.....	87

ÍNDICE

TÍTULO DEL CUENTO	Páginas
Cuatro palabras	
A mis condiscípulos.	
Pasteles de carne.....	1
El salmón.....	5
Roma destruída.....	10
Mi indisposición.....	15
Un pitillo.....	19
Ministro.....	23
De Historia natural.....	29
...Dar de comer al hambriento.	33
Mis bigotes.....	39
¡Mala suerte!.....	45
¡No le puede cojer!.....	49
La aventura del zapatero....	55
Rodríguez.....	59
Nfrecimiento de casa.....	63
La vara del Maestro.....	67
Mi tío el Capitán.....	73
La marcha del estudiante....	79
Mayo.....	85
Septiembre.....	87

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Cantos y Cuentos (prólogo de D. Antonio de Valbuena).

Desde mi aldea (prólogo de don Sinesio Delgado).